

JJ BENÍTEZ  
EL DÍA DEL  
RELÁMPAGO



El día del relámpago, de Juan José Benítez, autor de éxitos como Jesús de Nazaret: nada es lo que parece o A solas con la mar, es una novela de narrativa de ciencia ficción con la que el autor ha querido desvelar algunos interrogantes que quedaron pendientes después de cerrar la saga Caballo de Troya, con más de 1.000.000 de ejemplares vendidos. Si pensabas que Caballo de Troya terminó, con este libro «vivirás lo no vivido».

Caballo de Troya terminó, pero ¿qué le sucedió al mayor tras su regreso a 1973? ¿Imaginas a Rayo negro? ¿Fue el general Curtis un traidor? ¿Murió Eliseo? ¿Se hundió la cuna en el mar Muerto? El día del relámpago es un thriller en el que vivirás 101 días trepidantes. Aunque lo intentes no podrás imaginar lo que sucederá el 29 de agosto de 2027. Tendrás que leerlo. «En cien atardeceres después de muerto. Vivirás lo no vivido. Será el día del relámpago».

La operación Caballo de Troya terminó, sí, pero...

A Patxi Loidi, el primero que me habló  
del «otro» Jesús de Nazaret.  
Y a Marcos Gabriyeh y a Laurencio Rodarte,  
por su lealtad.

# El diario

---

Décima parte

---

## 28 de junio (1973)

Recuerdo un sol naranja, huyendo más allá del oasis de En Gedi, en la costa oeste del mar Muerto...

Recordaba los relojes de la nave...

Señalaban las 21 horas del jueves, 28 de junio de 1973.

Me hallaba de nuevo en mi tiempo...

Pronto oscurecería.

¡Habíamos fallado!

La «cuna» acababa de precipitarse a las aguas del mar de la Sal. Yo salté primero. Mejor dicho, Eliseo, mi compañero, me empujó. Y me hundí...

Después, contemplé la nave, espantado. Se hundía y se perdía hacia las profundidades.

¿Qué había sucedido?

El módulo debería de haber aterrizado en lo alto de la meseta de Masada. Eso era lo programado. Pero fallamos...

Pensé en el combustible. Se agotó...

No, no era exacto. Pudimos posarnos en la «piscina»...

¿Por qué no lo hicimos?

Yo me hallaba medio inconsciente. Era Eliseo quien pilotaba.

No lograba comprender...

Miré a mi alrededor.

Negativo.

Ni rastro de mi compañero.

«Es listo —traté de tranquilizarme—. Seguramente habrá nadado hacia la orilla»...

Me sentía sin fuerzas.

«¿Dónde estaba?»

Quise orientarme, pero lo conseguí a medias.

Reconocí la costa oriental del mar Muerto (actual Jordania). Eso fue todo. Me hallaba a unos doscientos metros.

Lo lógico hubiera sido nadar en sentido opuesto y buscar la orilla judía. Desistí. Era mucha distancia. Casi quince kilómetros.

Después lo supe: la «cuna» cayó al mar frente a la desembocadura del *wadi* Mujib. En esa zona del mencionado mar Muerto —entre Mujib y En Gedi—, la profundidad es máxima: alrededor de trescientos metros. La nave, probablemente, había ido a parar al fondo; un lecho de fango de cien metros de espesor. Auténticas y peligrosísimas arenas movedizas. Todo lo que cae en esa zona desaparece para siempre<sup>[1]</sup>...

Traté de nadar. No lo logré. Estaba agotado.

Me dejé arrastrar por el viento y por la corriente. No tenía alternativa.

El viento soplabá sin demasiado convencimiento, pero soplabá. Me empujaba hacia el sureste.

Yo sabía que en esa época del año, coincidiendo con el verano, los vientos se presentaban antes del mediodía y morían poco antes del crepúsculo. En cuanto a las corrientes, en el mes de junio eran suaves: del orden de quince centímetros por segundo y siguiendo la dirección contraria a las agujas del reloj<sup>[2]</sup>. Por la noche, dichas corrientes se hacían más intensas y superaban el medio metro por segundo. En definitiva, viento y corrientes me empujaban, sin remedio, hacia la citada costa este, y concretamente al sur del *wadi* Mujib.

Ahora, al escribir esta parte de los diarios, comprendo. Eliseo, que conocía estas circunstancias, lo tenía todo cal-

culado... Pero debo ir paso a paso.

Reparé entonces en el traje de astronauta. El instinto me previno. Tenía que desembarazarme de él. Si los judíos o jordanos terminaban por localizarme, ¿qué podía decirles? ¿Qué hacía un yanqui, vestido de astronauta, en la árida costa del mar Muerto?

Me deshice del pesado y llamativo traje y allí quedó, flotando en las rojizas aguas.

El sol desapareció a las 21 horas y 36 minutos.

Y el silencio, curioso, me miró desde lo alto. La luna hacía rato que se había mudado...

Sentí tristeza. Una profunda e intensa tristeza...

Todo había terminado. La operación Caballo de Troya era humo. Él ya no estaba...

Eché la cabeza atrás y me puse en las manos del Padre Azul, una vez más. Él sabía. Y recé: «¡Padre, recíbeme! Me consagro a ti ahora, en el tiempo»...

Y el dulce oleaje, casi de juguete, me consoló.

«¿Qué había pasado...? Jesús de Nazaret... El Maestro alzó el brazo izquierdo y agitó la mano... Se despedía de quien esto escribe... Nunca más volvería a verle».

Era todo lo que recordaba.

\* \* \*

Entrada la noche alcancé la orilla...

Todo era silencio y negrura. Las luces más cercanas se hallaban en la zona judía, agazapadas aquí y allá. Nadie parecía haberse percatado de la presencia, y posterior hundimiento, de la «cuna». Pero no debía fiarme...

Acaricié las piedras que formaban la playa. Se mostraron tibias y dóciles. Lo agradecí. Estaba exhausto. Necesitaba un poco (un mucho) de ternura. Mi corazón también había saltado por los aires... Tampoco a ella la volvería a ver... Mi querida Ruth...

Exploré con la vista cuanto tenía a mi alcance, pero fue una inspección casi inútil. A mi espalda se alzaban los negros acantilados que yo conocía bien. Algo más arriba, hacia el norte, adiviné el cauce seco del Mujib, sembrado de desolación y de serpientes. En lo alto, en blanco y negro, un firmamento espectacular.

Permanecí tumbado en la orilla —no sé decir cuánto tiempo—, en un vano intento de ordenar ideas y sentimientos. Todo era confuso y oscuro, como aquel mar de muerte.

«¿Qué debía hacer? ¿Cómo ponerme en contacto con la gente del proyecto...? ¿Cómo explicar lo que ni yo mismo sabía...? ¿Trataba de llegar a Masada...? Estábamos en junio. Lo más probable es que los hombres de Caballo de Troya ya no estuvieran en la meseta. Tenía un problema, sí... ¿Uno?».

Reí sin querer...

Luché por incorporarme, y lo hice varias veces.

No lo conseguí. Las fuerzas se habían quedado por el camino...

Y allí continué, desmantelado, y con la única compañía de mí mismo.

Presté atención a la superficie del lago. Quise ver u oír a mi compañero, pero sólo fue eso: pura buena fe. Allí no había nadie. El mar se mantenía ligeramente rizado y hostil.

Me hubiera gustado llorar la muerte de Eliseo, pero tampoco fue posible. No quedaban lágrimas.

Las estrellas, como antaño, sí comprendieron. Algunas brillaron con más intensidad, dándome a entender que también se sentían solas y desamparadas. Lo agradecí y terminé acurrucándome en el lecho de piedras y en la voluntad del Padre.

Fue así como me quedé dormido, profundamente dormido.

Lo necesitaba.

Y me vi asaltado por una serie de absurdas y angustiosas pesadillas.

Una de ellas se me antojó especialmente dura y macabra...

En la ensoñación, la «cuna» se hundía en el mar de la Sal...

Yo ascendía hacia la superficie. Nadaba con premura...

Entonces le vi.

Era Eliseo, mi hermano... Se hallaba en el interior de la nave... Miraba por uno de los ojos de buey... Vomitaba sangre..., y sonreía con maldad.

Se hundía hacia la negrura...

Quise nadar al encuentro del módulo, pero no fue posible. La salinidad, como una sirena, tiraba de quien esto escribe hacia lo alto.

En otra de las ventanillas apareció el general Curtiss, jefe de la misión.

También me miraba.

En la mano izquierda mostraba el cilindro de acero que contenía las muestras de sangre y cabello del Maestro, de la Señora, de José, el padre terrenal de Jesús, y de Amós, el hermano del rabí. En la derecha sostenía uno de aquellos enormes cigarros habanos...

¿Qué hacía Curtiss en la «cuna»? No era su lugar...

Y el general gritó en el sueño:

«¡Se terminó el plazo, maldito chupatintas!».

Lo supe. Se refería al ultimátum que me dio Eliseo el 24 de diciembre del año 26. Tenía el plazo de un mes para devolver el dichoso cilindro.

Y grité, también en la pesadilla:

—¿Y si no lo hago?

Curtiss clamó:

—Entonces regresaré sin ti...

Eso era lo que había replicado Eliseo en aquella oportunidad<sup>[3]</sup>. ¿Cómo podía saber?

¡Qué absurdo!

Nunca regresé a Beit Ids, ni pensaba hacerlo. El cilindro de acero lo robó la niña salvaje. Quise gritárselo, pero la

nave se perdió en el fondo.

Nadé en el sueño, con desesperación. Quería huir de aquel lugar. Me ahogaba...

La salinidad seguía tirando de mí, como una criatura infernal.

Conseguí alcanzar la superficie y nadé hacia la orilla oriental del lago.

Estaba oscureciendo. Ese 28 de junio de 1973 —yo lo sabía— el sol se escondería a las 21 horas, 36 minutos y 53 segundos. ¿Cómo podía saber una cosa así en plena ensoñación?

Pero, al poco, la salinidad se volvió en mi contra. Me atrapó por los pies y sentí cómo tiraba de quien esto escribe.

¡Me hundía!

No era posible... En el mar Muerto no sucede eso. Al contrario. Además, la salinidad no actúa así... Tragué agua... Era amarga, sin vestigio de sal... ¡Oh, Dios!

Me hallaba a un paso de la orilla...

Noté cómo las fuerzas me abandonaban. Y ella continuaba arrastrándome.

Entonces escuché una risa lejana. Era la de Curtiss. Procedía del fondo...

Creí llegada mi hora.

Y a punto estaba de desaparecer bajo las aguas cuando le vi en la orilla. Me hizo señas con los brazos. ¡Era él, otra vez!

Me lanzó un cabo y me aferré a la cuerda.

Pero la salinidad se percató de la maniobra y tiró de este explorador con mayor violencia. Me hundí de nuevo...

Continué agarrado al salvador cabo, y con todas mis fuerzas. Noté cómo la cuerda tiraba de mí hacia la superficie.

Y a mi alrededor surgieron cientos de burbujas. Procedían de las profundidades. Llegaban con prisa.

¡Dios mío!

En el interior de cada burbuja flotaban las diabólicas sonrisas de Eliseo y del general. Estaban por todas partes...

Pero la salinidad terminó vencida y la cuerda fue jalándome hacia la costa.

Allí estaba él...

Recuperó el cabo y, sin mediar palabra, dio media vuelta y se alejó.

Era el hombre de dos metros de altura... ¡El tipo de la sonrisa encantadora!

Quedé perplejo.

Al poco, aquel fascinante personaje se giró hacia quien esto escribe, me miró, y oí una voz en mi cabeza. No le vi mover los labios. Y la «voz» dijo: «Regresarás»...

La sonrisa era increíble. Espectacular. Lo llenaba todo en el sueño.

Y repitió:

«Regresarás con él»...

Después se alejó, saltando ágil entre las rocas.

No tardaría en oscurecer en el sueño...

\* \* \*

Desperté bien entrada la mañana.

El sol, tibio, me acarició con delicadeza. Era como si supiera.

Permanecí un rato sin moverme. Y de la memoria regresaron algunas de las imágenes vividas (o sufridas) en una de las pesadillas de la noche anterior.

¿Por qué el tipo de la sonrisa encantadora había tirado de mí, salvándome? Yo ya no jugaba ningún papel... Y, sobre todo, ¿qué quiso decir con aquel «regresarás con él»? Más aún: ¿por qué he escrito «él» con minúscula? ¿No se refería a Jesús de Nazaret?

Desestimé las reflexiones. Sólo se trataba de un sueño. Un mal sueño... ¿O no? Y recordé igualmente la recomendación del Maestro: «Busca la perla en cada sueño»...

¿Qué quiso transmitir el hombre de dos metros?

La realidad tocó mi hombro y me obligó a descender al presente.

El mar continuaba azul y quieto, como si no hubiera pasado nada.

Me puse en pie con dificultad y verifiqué lo que ya sospechaba: me encontraba muy cerca de la desembocadura del *wadi* o cauce seco del río Arnon (Mujib). A cosa de cincuenta metros, al sur.

Busqué con la mirada, ansiosamente.

Ni rastro de Eliseo, o de la «cuna».

Y el presentimiento (?) (no sé cómo llamarlo) se hizo pesado como el plomo. Debía hacerme a la idea: mi compañero se hallaba en el fondo del mar de la Sal, muerto.

La memoria seguía negándome la información. Recordaba los vómitos en la playa de Saidan. Recordaba a *Zal*, corriendo hacia el Maestro. Recordaba el despertar en la nave y, finalmente, el empujón del ingeniero. Eso era todo.

De pronto escuché algo.

Era el típico y tranquilo campanileo de un rebaño.

En efecto, eran cabras. Buscaban y hacían equilibrios entre las piedras naranjas que se derramaban en el *wadi*.

No tardé en descubrir al pastor.

Era un niño.

Se hallaba en cuclillas sobre uno de los peñascos, observándome. Portaba un bastón.

¿Cuánto hacía que me contemplaba? ¡Y qué importaba eso...!

Traté de pensar a gran velocidad. ¿Qué debía hacer? ¿Solicitaba ayuda? Quizá el muchacho supiera...

Terminé alzando la mano derecha y gritándole. Lo hice en inglés...

No hubo respuesta. Mejor dicho, sí replicó, a su manera.

Comprendió que algo extraño sucedía, y que aquel anciano larguirucho y semidesnudo necesitaba auxilio. Se in-

corporó y se alejó, a la carrera. Lo vi desaparecer hacia el Mujib. Allí quedaron las cabras, indiferentes.

Y me senté en la orilla, decepcionado.

Tenía que hallar una solución.

Traté de caminar. Sólo di tres pasos. Tuve que detenerme. Aquel insoportable dolor en el estómago regresó y me dobló. Caí de rodillas. Empecé a sudar copiosamente. Y volvieron los escalofríos.

Los vómitos de sangre no tardarían en aparecer...

Pero el corazón fue tranquilizándose y el dolor se alejó, de momento. Permanecí inmóvil. Sabía qué clase de mal me rondaba y eso multiplicó la angustia.

Al rato oí voces.

Me alcé, como pude, y distinguí al pastor. Se acercaba. Con él, igualmente presurosos, se aproximaban tres hombres. Parecían árabes. Vestían las amplias *dishashas* (túnicas beduinas) y sendos turbantes blancos. Era probable que estuviera ante una familia *badawi* (nómadas).

Se detuvieron a escasa distancia y me observaron. Comprendí su extrañeza.

Dos de los hombres eran jóvenes. El tercero andaba por los cincuenta. Era grueso y de baja estatura. Me recorrieron con la vista, de arriba abajo, y yo hice otro tanto. Los jóvenes mostraban en el cinto las *khanjas*, unas dagas curvas y anchas, más que temibles.

Conversaron entre ellos, pero no alcancé a escuchar. El niño se mantuvo en silencio. De vez en cuando se hacía con una piedra y enderezaba los malos pasos de las cabras.

Sinceramente, no me gustaron.

El más bajo avanzó y se situó a cosa de tres metros de quien esto escribe. Volvió a recorrerme con la mirada y preguntó, en árabe, quién era y qué había ocurrido.

Tenía los ojos enrojecidos, como si no hubiera dormido, y la barba negra y cerrada.

No respondí. No sabía qué decir...

El árabe, sin alterarse, preguntó de nuevo. Esta vez en inglés.

Tampoco contesté. Trataba de pensar, pero la mente estaba en blanco. Me encogí de hombros.

Creo que el hombre grueso percibió mi angustia y dejó de interrogarme. Regresó junto a los otros y parlamentaron. Uno de los jóvenes me señaló y me llamó «viejo loco». Siguieron discutiendo, y a voz en grito.

El que me había llamado «loco» pretendía dar media vuelta y abandonarme a mi suerte. El de la barba cerrada se lo recriminó, acusándole de falta de humanidad. E invocó al Dios de los cristianos. ¿Me hallaba ante un grupo de árabes cristianos?

La discusión se prolongó por espacio de unos minutos.

No había forma de que se pusieran de acuerdo.

Y, de pronto, uno de los jóvenes (el que menos hablaba) se distanció del grupo. Caminó hacia este desconcertado explorador y, al llegar a mi altura, se detuvo y extrajo la daga de acero.

La *khanja* avisó con un par de destellos.

E instintivamente di un paso atrás.

¿Qué pretendía? Me hallaba desnudo. No tenía nada de valor...

El árabe de baja estatura gritó al de la daga, advirtiéndole de que no hiciera ninguna tontería.

El de la *khanja* no prestó atención. Siguió mudo, observándome; mejor dicho, observando mi cuello. En esos críticos momentos no caí en la cuenta...

Y el segundo joven siguió los pasos del primero.

Se situó a mi espalda, pero no dijo nada. Al pasar observé la *khanja*, desafiante. Continuaba en la cintura del árabe.

Eché de menos la «piel de serpiente»...

Carecía de fuerzas. Me hallaba desarmado. Aquellos miserables podían degollarme, por el simple placer de hacerlo.